

Lunes, 22 de octubre de 2018

“Descubre cuánto dolor hay a tu lado y consuela, cura, sana”

Ef 2,1-10 Dios, rico en misericordia, nos vivificó junto con Cristo.

Sal 99,2-5 Es bueno Yahveh, para siempre su amor y lealtad.

Lc 12,13-21 Diré a mi alma: Descansa, come, bebe. ¡Necio!

Por naturaleza el comportamiento del hombre tiene las mismas tendencias, podríamos decir que es su pecado de origen. Pero Dios en su misericordia le sale al paso: ¿Dónde estás? Y como el hombre es necio, se esconde. Sin embargo, el Padre viendo al hombre despistado encarna su amor haciéndolo hombre, su Encarnación, para que a ver si tocándolo, se le reconoce. Hasta el punto de que Cristo, su Enviado, nos rescata del pecado y de la muerte vivificándonos con Él.

Dios sigue viendo nuestras limitaciones y como es rico en misericordia, sigue poniendo en nuestro camino la ayuda apropiada y espera que nos demos cuenta que estamos hechos de amor y llamados a amar, y a todos nos ha hecho de la misma pasta, para que seamos uno con él.

Sin darnos cuenta, como tenemos la misma tendencia, caemos en la dinámica del mundo: como tienes la vida resuelta, descansa, come y bebe, y no pienses en los demás. ¿Con este vivir nos atrevemos a decir, que somos seguidores de Cristo Jesús, que se encarnó por amor, y se entregó por cada uno hasta rescatarnos en la cruz? Compartió su vida para enseñarnos a vivir la nuestra.

Buscamos con ansias ser felices, y nos afanamos en tener dinero pensando que el dios dinero lo soluciona todo, y nos hace avaros, indiferentes al dolor de los demás.

¡Necios!, nos recuerda Jesús, ¿de qué te sirve?, otros lo disfrutarán, pero, ¿y tu espíritu? Recuerda que la felicidad no es tener un cielo sin tempestades, sino descubrir que es el amor el que nos hace felices. Déjate amar y vivirás feliz y otros disfrutarán del amor que recibes.

Sábado, 27 de octubre de 2018

“¡Qué alegría saber que Dios cuenta con nosotros!: ¡Aquí estoy!”

Ef 4,7-16 Nos dio sus dones para edificación del cuerpo de Cristo.

Sal 121,1-5 Jerusalén, ciudad de compacta armonía.

Lc 13,1-9 Vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro.

¡Qué bueno!, poder comprobar, por la Palabra de Dios, que nuestra vida está pensada para un proyecto grande de unidad en el amor, de fe en la bondad de un Padre-Dios que nos ama con locura y cuenta con cada uno de nosotros, pues para eso nos ha creado, y así hacer de este mundo un paraíso de vida y amor.

Dios nos ha hecho semejantes a él, a su imagen; por tanto, es la impronta grabada en nuestro ser, y que consecuentemente el ser humano busca.

Jesús nos muestra el porqué y el para qué de nuestras vidas. Por eso nos pide que nos convirtamos en amor para ser amor, para ser luz en medio de tanta tiniebla, para ser sal que dé sabor bueno, agradable y perfecto al mundo.

Dios nos mira con ternura y nos da unos dones, unos talentos, para ponerlos a trabajar en su Reino de amor. A algunos llama con un don específico para que desarrolle su amor como un miembro del Cuerpo de Cristo y gozar en Él su ternura, sus delicias, su compasión.

No tengamos miedo, Jesús está con nosotros, en nosotros, para que la palabra de Dios que escuchamos la hagamos vida y dé frutos de fe, de esperanza y de amor.

La Encarnación de Dios, el que Dios se haga hombre, revela el contacto que quiere tener con el hombre, con cada uno. Viene a salvarnos en persona. Deja que cada cual responda y haga lo que tenga que hacer. Tú escucha y sigue a Cristo Jesús. Dichoso el que se acoge a él.

¡Dejemos que el Amor nos enamore y nos haga ser apasionados en amari, ¡aprendamos a vivir como Él, como Jesús, vivió!

Miércoles, 24 de octubre de 2018

“¡Dad gracias a Dios, pregonaad que es sublime su Nombre!”

Ef 3,2-12 Mediante la fe en Cristo, llegaos confiados a Dios.

Sal Is 12,2-6 He aquí a mi Dios, estoy seguro y sin miedo.

Lc 12,39-48 A quién se le dio mucho, se le reclamará mucho.

Pablo nos invita hoy a entender el Misterio de Cristo: Que somos miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo. Dios no hace acepción de personas, a todos nos ama por igual. Nos dice Jesús: **Os ama a vosotros como me ama a mí** (Jn 17,23b). El problema está e dejarnos a amar, en experimentar el gozo de ser tan amados, perdonados, aliviados, liberados... A todos nos da la oportunidad de acercarnos a su amor, de poder llegar a conocer su corazón enamorado del hombre.

El acceso a la fe empieza de la escucha, **la fe proviene de la predicación y la predicación es el mensaje de Cristo** (Rm. 10,17). Pero la escucha requiere humildad, por eso tenemos que reconocer que solos no podemos. Ni siquiera podemos decir Señor, si el Espíritu no nos ayuda. Escuchar una voz, una Palabra que nos seduce y enamora.

Decía San Agustín: *Ama y haz lo que quieras*. Porque quien ama, sirve, acoge, perdona, libera, se compadece... El Papa Francisco lo dice claro: *Necesitamos santos sociales, abiertos, normales, amigos, alegres, compañeros*. Si no eres cristiano enamorado de Cristo, de la Palabra de Dios, ¿qué clase de cristiano eres? ¿Cómo puedes ser testigo del amor si no estás enamorado? ¿Enamorado de quién? Enamórate de la Palabra, es Dios quien te habla. Él es el que nos sostiene, el que nos da la fuerza, el que camina a nuestro lado, como compañero y amigo, como Dios y Salvador.

Nuestra fe en Él, en su Palabra, serán el motivo y la razón de nuestra vida. Dios ha sembrado en nosotros su Amor y nos ofrece su compañía para el camino.

Jueves, 25 de octubre de 2018

“¡Señor, ayúdanos a que nuestra fe, aumente el ardor de tu amor!”

Ef 3,14-21 Sed fortalecidos por el Espíritu en el hombre interior.

Sal 32,1-19 Del amor de Dios está llena la tierra.

Lc 12,49-53 ¿Creéis que estoy aquí para dar paz?

Por la Palabra de Dios fueron hechos los cielos y la tierra..., y de su Espíritu todos recibimos gracia tras gracia: **En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era un caos, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas** (Gen1,1). Dios no nos deja solos, como nosotros los que, al alejarnos de él, hacemos que la tierra sea un caos. Una tierra que sin él está seca, agostada, sedienta del Espíritu de Dios, que sacia y da sabor, que transforma todo y a todo da consistencia.

Estamos llamados a formar con Cristo un pueblo que sea luz para otros. Somos portadores de la antorcha de la fe, testigos de la Palabra. Si somos testigos es porque la vivimos, la oramos, hacemos lo que nos dice, pues dejamos que sea su amor el que nos vaya ensamblando en el Cuerpo de su amor por Él, con Él y en Él, capacitándonos para llevar paz, alegría, esperanza, a tantos corazones necesitados de Dios.

. Dios no nos quiere instalados en una fe falsa, bobalicona, sin consistencia; no nos quiere tibios. **Conozco tu conducta, no eres frío ni caliente. Puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca** (Ap 3,15-16). Dios nos quiere ardiendo, apasionados, capaces de prender el fuego de su amor, tampoco nos quiere quemados. Por eso, necesitamos la Palabra diaria, porque la fe que no se alimenta se apaga.

Nos necesita comprometidos con los más vulnerables, ayudando a asimilar el Evangelio a cuantos más mejor, orando y enseñando a orar.

Va delante de nosotros ofreciéndonos su vida para el camino del amor, y a eso nos llama, nos invita, nos alienta a que seamos amor los unos para con los otros. Pues al amor le pasa como al fuego, que si no se propaga se apaga. ¡Ardamos, pues, con el fuego del amor de Cristo!

Viernes, 26 de octubre de 2018

“¡Señor, que tus proyectos prevalezcan sobre los nuestros!”

Ef 4,1-6 Vivid con humildad, mansedumbre y paciencia.

Sal 23,1-6 El de manos limpias, logrará la bendición de Dios.

Lc 12,54-59 ¿Por qué no juzgáis por vosotros lo que es justo?

La invitación que hoy nos hace Pablo parece sorprendente; porque lo que se lleva, lo que a ojos humanos triunfa, es la fama, el prestigio, el dinero, la prepotencia. Por eso nosotros, que conocemos el amor de Dios, cuánto nos ama y cómo se humilla para hacerse semejante a nosotros, no podemos dejar de llenarnos de su Espíritu para poder superar las dificultades que supone ir contracorriente y vivir como Él vivió: **Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón** (Mt 11,29); sed imitadores míos y pasad por la vida haciendo el bien, amando, siendo pacientes unos con otros, soportándoos por amor.

Vivimos despistados, desorientados con nuestros afanes que nos separan del amor de Dios, por lo que no le tenemos en cuenta y de ahí los odios, la violencia, las guerras. Si no tenemos a Dios, no tenemos el mismo Padre. ¿Cómo vamos a amarnos y a vivir como hermanos? Vemos morir a nuestros hermanos inmigrantes sin compasión ni misericordia con ellos. Nos justificamos de muchas maneras: no es cosa nuestra, ellos se lo han buscado, la culpa la tienen... Olvidamos que son nuestros hermanos, hijos de Dios Padre, queridos y amados hasta el mismo extremo que nosotros.

Señor, perdona, mezclamos la fe con nuestros intereses, la religiosidad con nuestras opiniones, y no nos planteamos qué piensas Tú, qué deseas Tú, que tú estás en cada uno de ellos. Nos llamas a ser tus manos, tus pies, tu corazón para con ellos, para que este mundo funcione un poco mejor.

¡Tenos piedad, Señor!, ayúdanos a mirar y ver los tiempos que vivimos desde tu mirada, desde tu corazón compasivo y misericordioso.

Martes, 23 de octubre de 2018

“¡Escuchemos a Dios que nos habla de paz y amor!”

Ef 2,12-22 Por Cristo, no somos extraños, sino familiares de Dios.

Sal 84,9-14 Dios habla de paz para su pueblo y sus amigos.

Lc 12,35-38 Sed como hombres que esperan a su Señor.

¡Qué bueno!, poder darnos cuenta de que Dios tiene abierto su corazón a todos los hombres. A todos nos quiere como a hijos, por eso nos lleva tatuados en la palma de su mano, para hacernos ver que su mirada no se aparta de nosotros y así disfrutemos de su ternura, cariño, de sus delicias.

Hay esperanza para el hombre, pues Jesús, el Cristo, nos ha redimido, y ha allanado el camino de regreso al Hogar, al calor del amor de Dios. Por Él todos estamos salvados y podemos soñar que somos Familia, familiares de Dios. Nuestra miseria ha sido transformada en dignidad por la sangre de Cristo, por su entrega en la Cruz, por su decisión de querer hacerse Camino de Vida y de Amor, que podamos seguir todos.

¡Qué importante escuchar la palabra de Dios! Porque, a veces, la idea, el concepto que tenemos de Dios, nos impide acercarnos a Él por miedo y temor, en vez de tener la confianza de hijos. Es Cristo el que nos pone en el conocimiento de que Dios es el ¡Abbá!, el PADRE; es Cristo quien nos enseña a dialogar, convivir, estar con el Padre. Un Padre, que extiende su amor y abarca a todos los hombres, un Padre que nos ama con pasión, que se le estremecen las entrañas cada vez que nos ve lejos de su bondad y su amor.

Conviene que vivamos atentos a su paso por nuestras vidas, pues Él viene a amar y llenar nuestros corazones de Sí. Esperemos con la lámpara de la fe encendida, con la esperanza de quien sabe que su Señor está cerca, que atisbe nuestro corazón para poder entrar en él; y quedase en nosotros, con nosotros.

Domingo, 28 de octubre de 2018

30º del T. Ordinario

“¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”

Jr 31,7-9 Gritad y decid: ¡Ha salvado Dios a su pueblo!

Sal 125,1-6 ¡Haz volver, Señor, a nuestros cautivos!

Hb 5,1-6 Todo sacerdote está puesto a favor de los hombres.

Mc 10,46-52 ¿Qué quieres que te haga? Señor, ¡qué vea!

Qué bueno poder comprender que Cristo, por medio de su entrega en la Cruz, ya nos ha salvado a todos. De su mano nos ha llegado la reconciliación con nuestro Padre-Dios. Él ha sido el Sacerdote que con su vida nos ha rescatado para Dios. Ha rogado, intercedido por nosotros al Padre para rescatarnos del pecado, para mostrarnos un Camino Nuevo, el Camino del Amor.

Los hombres vivimos despistados, haciendo planes para un futuro, que ni siquiera sabemos si vamos a vivir. Dios no nos quiere sentados al borde de la Vida, sin enterarnos que Él pasa a nuestro lado para devolvernos la luz. Cada día, Jesús está presente, a nuestro lado, para entrar. ¿Soy de aquellos que dicen: *“Ya te abriré mañana”*?

Sin embargo, tú nos dices: **¿Qué quieres que haga por ti?** ¿De qué andamos necesitados?... **¡Señor, que vea!**, que mis ojos contemplen cuánto soy amado, que no me sienta solo en el camino de la vida, que tu mano esté siempre sobre mi pobreza, para rescatarme y devolverme el gozo y la alegría de quién se sabe amado, mimado, salvado.

Padre santo, cuida con tu poder a los que me has confiado, para que sean como nosotros una sola cosa (Jn 17,11).

La oración de Jesús al Padre es por todos los hombres, por ti y por mí; Él no ofrece sacrificios por nosotros, sino que se ofrece a Sí mismo por el rescate de nuestras vidas. Nosotros somos también junto a Él, sacerdotes, los que interceden por los hombres, los que piden al Padre que se apiade de la humanidad y nos salve. ¿Me ofrezco como Él?

Pautas de oración

Recobró la vista



y lo seguía por el camino.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES